

# LA ÚLTIMA LECCIÓN



LA ÚLTIMA  
LECCIÓN

RANDY PAUSCH  
con  
JEFFREY ZASLOW

**Grijalbo**

## **La última lección**

Por Randy Pausch, con Jeffrey Zaslow.

© 2008, Randy Pausch

Todas las imágenes son cortesía del autor, con excepción de las fotografías de las páginas 17 y 215, de Kristi A. Rines para Hobbs Studio, Chesapeake, Virginia.

Publicado originalmente en Estados Unidos y Canadá por Hyperion con el título *The last lecture*. Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Hyperion.

DVD © 2007 Carnegie Mellon University

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

D. R. © 2008, Random House Mondadori, S. A. de C. V.  
Av. Homero Núm. 544, Col. Chapultepec Morales,  
Del. Miguel Hidalgo, C. P. 11570, México, D. F.

Primera edición: mayo de 2008

[www.randomhousemondadori.com.mx](http://www.randomhousemondadori.com.mx)

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:  
[literaria@randomhousemondadori.com.mx](mailto:literaria@randomhousemondadori.com.mx)

Traducción: Martha Baranda

Diagramación: Juan Carlos González, Lucrecia Alcalá

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN Random House Mondadori México 978-970-810-322-0

ISBN Random House Inc. 978-030-739-226-8

ISBN tapa dura 978-970-810-452-4

Impreso en México / *Printed in Mexico*

*Con agradecimiento a mis padres, quienes me permitieron soñar  
y con esperanza en los sueños que mis hijos tendrán.*



## Contenido

Introducción	11
I. La última lección	13
II. Cumple de verdad tus sueños de la infancia	33
III. Aventuras... y lecciones que aprendí	69
IV. Permite la realización de los sueños de otras personas	117
V. La cuestión es cómo vivir tu vida	141
VI. Comentarios finales	211
Reconocimientos	231



## Introducción

Tengo un problema de ingeniería.

A pesar de que, en su mayor parte, estoy en excelente condición física, tengo diez tumores en el hígado y me restan unos cuantos meses de vida.

Soy padre de tres chicos y estoy casado con la mujer de mis sueños. Sería muy sencillo lamentarme, pero eso no resultaría benéfico para ellos ni para mí.

De manera que, ¿cómo invertir mi tiempo tan limitado?

La parte obvia es pasar tiempo con mi familia y cuidarla. Mientras todavía tengo la posibilidad, aprovecho cada momento con ellos y realizo todas las acciones logísticas necesarias para facilitar su camino hacia una vida sin mí.

La parte menos obvia es cómo enseñarles a mis hijos lo que hubiera podido enseñarles a lo largo de los siguientes veinte años. Ahora son demasiado jóvenes para que tengamos esas conversaciones. Todos los padres deseamos enseñar a nuestros hijos la diferencia entre el bien y el mal, lo que creemos que es importante y cómo enfrentar los desafíos que nos presentará la vida. También queremos que ellos conozcan algunas historias acerca de nuestras vidas con la intención de enseñarles cómo enfrentar la propia. Mi deseo de hacerlo me llevó a dar una “última lección” en la Universidad Carnegie Mellon.

Por rutina, las lecciones son videograbadas. Yo sabía bien lo que hacía ese día. Con el pretexto de dar una lección académica, intenté meterme en una botella que algún día sería arrojada a la playa para mis hijos. Si yo fuera pintor, hubiera pintado para ellos. Si yo fuera músico, hubiera compuesto música. Pero soy profesor, así que di una lección.

Di una lección acerca del placer de vivir y sobre cuánto aprecio la vida, incluso ahora que me resta tan poca. Hablé acerca de la honestidad, la integridad, la gratitud y otros temas que son esenciales para mí. Y me esforcé mucho por no ser aburrido.

Este libro es una manera de continuar lo que inicié en el escenario. Puesto que el tiempo es precioso, y yo deseo pasar todo el que pueda con mis hijos, le pedí ayuda a Jeffrey Zaslow. Cada día conduzco mi bicicleta alrededor de mi vecindario y realizo el ejercicio que es crucial para mi salud. Durante 53 paseos en bicicleta hablé con Jeff con ayuda del dispositivo de manos libres de mi teléfono celular. Después, él invirtió incontables horas en convertir mis historias, supongo que puedo llamarlas 53 “lecciones”, en el libro que sigue a continuación.

Ambos sabíamos desde el principio que nada de esto sustituye a un padre vivo, pero la ingeniería no es un asunto de soluciones perfectas: es hacer lo mejor que puedas con recursos limitados. Tanto la lección como este libro son mis intentos de hacer justo eso.

I

# LA ÚLTIMA LECCIÓN



## Un león herido aún quiere rugir

Muchos profesores imparten pláticas tituladas “la última lección”. Tal vez hayas asistido a alguna.

Se ha convertido en un ejercicio común en campus universitarios. A los profesores se les solicita considerar su fallecimiento y reflexionar en lo que es más importante para ellos. Mientras hablan, su audiencia no puede evitar reflexionar acerca de la misma pregunta: ¿Qué sabiduría legaríamos al mundo si supiéramos que ésta es nuestra última oportunidad? Si fuéramos a desaparecer mañana, ¿cuál querríamos que fuera nuestro legado?

Durante años, la Universidad Carnegie Mellon tuvo una serie de “últimas lecciones”. Sin embargo, para cuando los organizadores decidieron pedírmelo a mí, renombraron la serie como “Viajes” y solicitaron a un grupo de profesores seleccionados “que ofrecieran reflexiones acerca de sus viajes personales y profesionales”. No era la descripción más emocionante, pero acepté y se me asignó la fecha de septiembre.

Para entonces ya me habían diagnosticado cáncer de páncreas, pero me sentía optimista. Tal vez yo podía ser uno de los afortunados que sobrevivirían.

Mientras me sometía al tratamiento, los organizadores de la serie de lecciones me enviaban correos electrónicos. “¿Cuál será el tema de su plática?”, me preguntaban. “Por favor proporciónenos

un resumen.” Existe cierto formalismo en el mundo académico que no puede ser ignorado, incluso si una persona está ocupada en otros asuntos, como intentar no morir. Para mediados de agosto me dijeron que estaba por imprimirse un cartel sobre la lección, de manera que yo tenía que tomar una decisión acerca del tema.

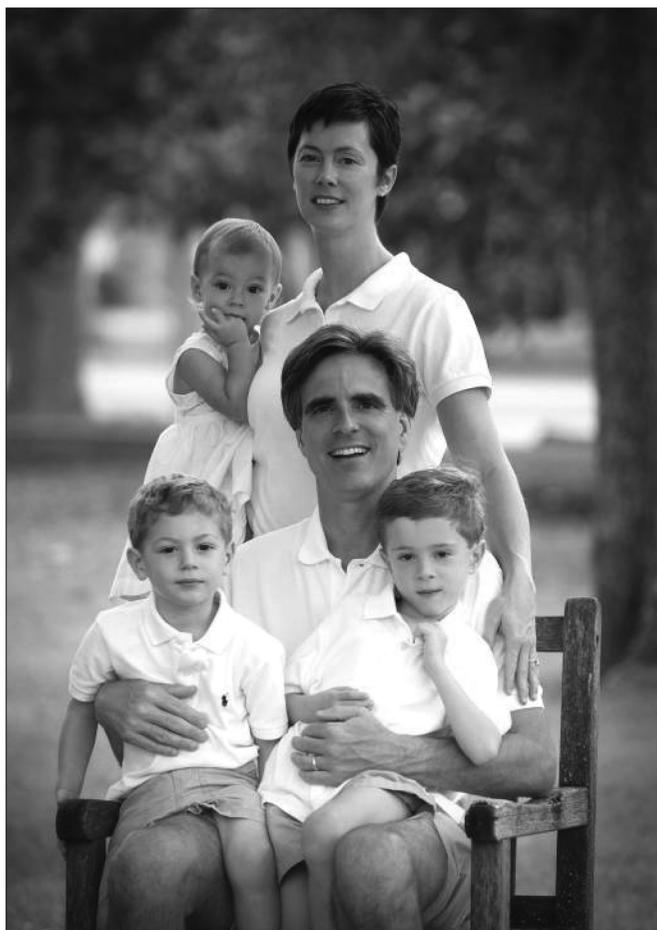
Sin embargo, esa semana recibí nuevas noticias: mi tratamiento más reciente no había funcionado. Me restaban sólo algunos meses de vida.

Sabía que podía cancelar la lección. Cualquiera lo hubiera comprendido. De pronto, había muchas otras cosas más por hacer. Tenía que enfrentarme a mi propia pena y a la tristeza de aquellas personas que me amaban. Debía dedicarme en cuerpo y alma a dejar en orden los asuntos de mi familia. Sin embargo, no podía sacudirme la idea de dar la lección. Me motivaba la idea de impartir una última lección que en verdad sería la última. ¿Qué podría decir? ¿Cómo sería recibido? ¿Al menos podría hacerlo?

—Ellos me permitirán declinar el ofrecimiento —le dije a mi esposa, Jai—, pero en verdad quiero hacerlo.

Jai (se pronuncia “Jey”) siempre ha sido mi porrista. Cuando me sentía entusiasta, también ella lo estaba. Pero había cierta renuencia en ella acerca de toda esta idea de la “última lección”. Apenas nos habíamos mudado de Pittsburgh al sureste de Virginia para que, después de mi muerte, Jai y los niños vivieran cerca de su familia. Jai opinaba que yo debía invertir mi precioso tiempo con nuestros hijos, en lugar de dedicar mis horas a escribir la lección y después regresar a Pittsburgh para presentarla.

—Llámame egoísta —me dijo Jai—, pero lo quiero todo de ti. Cada momento que inviertas en trabajar en esa lección es tiempo perdido, porque será tiempo lejos de los niños y de mí.



Logan, Chloe, Jai, yo y Dylan.

Yo comprendía de dónde venía aquello. Desde el momento en que caí enfermo, hice el compromiso de consentir con Jai y honrar sus deseos. Consideraba que era mi misión hacer todo lo que pudiera por aminorar las consecuencias que mi enfermedad produjera en su vida. Ésa es la razón por la cual dediqué muchas de mis horas de vigilia a hacer arreglos para el futuro de mi familia

sin mí. Sin embargo, no podía liberarme de mi urgencia por presentar esa última lección.

A lo largo de mi carrera académica presenté algunas lecciones bastante buenas. Pero ser considerado el mejor conferencista en un departamento de ciencias computacionales es como ser conocido como el más alto de los siete enanos. En aquellos momentos, yo sentía que tenía mucho más dentro de mí y que, si me decidía a dedicarme a ello por completo, sería capaz de ofrecer algo especial a la gente. “Sabiduría” es una palabra contundente, pero tal vez de eso se tratara.

Jai aún no estaba contenta con todo esto. Incluso en un momento dado lo comentamos con Michele Reiss, la psicoterapeuta a quien habíamos acudido algunos meses antes. Ella se especializa en ayudar a las familias cuando alguno de sus miembros se enfrenta a una enfermedad terminal.

—Conozco a Randy —le dijo Jai a la doctora Reiss—. Es adicto al trabajo. Ya sé cómo estará cuando comience a organizar su lección. Lo absorberá por completo.

La lección, dijo ella, será una distracción innecesaria de los abrumadores asuntos a los cuales nos aferrábamos en nuestras vidas.

Otra situación preocupaba a Jai: para presentar la lección, según lo programado, yo tendría que viajar a Pittsburgh el día anterior, que era el cumpleaños número 41 de Jai.

—Éste es mi último cumpleaños que celebraremos juntos —me dijo—. ¿De verdad vas a dejarme en mi cumpleaños?

En realidad, la perspectiva de dejar a Jai justo ese día me resultaba dolorosa. No obstante, no podía deshacerme de la idea de la lección. Incluso había llegado a considerarla como el último momento de mi carrera, como una manera de despedirme de mi

“familia laboral”. Hasta llegué a sorprenderme en la fantasía de presentar una última lección que fuera el equivalente verbal de un jugador de beisbol a punto de retirarse que batea la última bola hasta la grada más alta. Siempre me había gustado la escena final de *The Natural*, cuando el anciano y sangrante beisbolista Roy Hobbs batea de milagro ese asombroso *home run*.

La doctora Reiss nos escuchó a Jai y a mí. En Jai, dijo, veía a una mujer fuerte y amorosa que intentaba invertir varias décadas en construir una vida plena con un esposo y criar a sus hijos hasta que fueran adultos. Ahora, nuestra vida juntos debía reducirse a unos cuantos meses. En mí, la doctora Reiss vio a un hombre que no estaba listo para retirarse por completo a una vida hogareña y que, sin lugar a dudas, tampoco estaba listo para tenderse en su lecho de muerte.

—Esta lección será la última ocasión en que me verán en carne y hueso muchas personas a quienes aprecio —le expliqué, de manera un tanto llana—. Ahora tengo la oportunidad de reflexionar de verdad acerca de lo que es más importante para mí, de cimentar cómo me recordará la gente y de hacer todo el bien posible en mi camino de salida.

En más de una ocasión, la doctora Reiss nos había visto a Jai y a mí sentados juntos en el sofá de su consultorio, abrazados con fuerza y ambos bañados en llanto. Nos dijo que podía percibir el gran respeto que existía entre nosotros y que con frecuencia le conmovía a nivel visceral nuestro compromiso de llegar bien hasta nuestro último momento juntos. Pero nos dijo que no era su papel evaluar si yo debía o no presentar la lección.

—Deberán decidirlo ustedes mismos —nos dijo, y nos invitó a escucharnos el uno al otro de verdad, con el fin de tomar la mejor decisión para ambos.

Dada la reticencia de Jai, supe que debía enfrentarme con honestidad a mis motivaciones. ¿Por qué esa lección era tan importante para mí? ¿Sería acaso una manera de recordarme a mí mismo y a los demás que yo todavía seguía vivo? ¿Para probar que todavía tenía la fortaleza necesaria para actuar? ¿Se trataba de la urgencia de un amante de la atención pública de pavonearse una vez más? La respuesta era afirmativa para todas las preguntas anteriores.

—Un león herido necesita saber si todavía puede rugir —le dije a Jai—. Se trata de dignidad y autoestima, las cuales no son equivalentes a la vanidad.

Había otro elemento presente en el tema. Yo había comenzado a considerar la lección como un vehículo que me transportaría al futuro que nunca podría ver. Le recordé a Jai las edades de nuestros hijos: cinco, dos y uno.

—Mira —le dije—, a sus cinco años de edad, supongo que Dylan crecerá y tendrá muy pocos recuerdos de mí. Pero, ¿cuánto recordará en realidad? ¿Qué tanto recordamos tú y yo de cuando teníamos cinco años? ¿Recordará Dylan cómo jugué con él y de lo que nos reímos juntos? Cuando mucho, será brumoso.

”¿Y qué hay acerca de Logan y Chloe? Tal vez no guarden recuerdo alguno. Nada. En especial, Chloe. Y puedo decirte esto: cuando los niños sean mayores, llegarán a esa etapa en la cual necesitarán saber de manera imperativa y apremiante: ¿quién fue mi papá? ¿Cómo era? Esta lección podrá servir para dar respuesta a esas preguntas.”

Le dije a Jai que me aseguraría de que la Universidad Carnegie Mellon grabara la lección.

—Te traeré un DVD. Cuando los niños crezcan, puedes mostrárselos. Les ayudará a comprender quién fui y las cosas que eran importantes para mí.

Jai me escuchó y después formuló la pregunta obvia:

—Si hay cosas que deseas decirles a los niños o consejos que quieres darles, ¿por qué no colocas la cámara de video en un trípode y lo grabas aquí, en la sala?

Tal vez me atrapó con eso. O tal vez no. Como ese león en la selva, mi hábitat natural todavía era un campus universitario, frente a los estudiantes.

—Una cosa que he aprendido —le dije a Jai— es que, cuando los padres dicen algo a sus hijos, no es dañino obtener alguna validación externa. Si puedo lograr que la audiencia ría y aplauda en el momento preciso, tal vez eso sirva para agregar fundamento a lo que les digo a los niños.

Jai sonrió hacia mí, su agonizante hombre del espectáculo, y por fin cedió. Ella sabía que yo estaba ansioso por encontrar maneras de dejar un legado para mis hijos. De acuerdo. Tal vez esa lección sería una de esas maneras.

Por tanto, con la luz verde de Jai, tenía un desafío frente a mí. ¿Cómo convertiría esa charla académica en algo que resonara en nuestros hijos diez años o más en el futuro?

Yo tenía la certeza de que no quería que la lección se concentrara en mi cáncer. Mi saga médica era lo que era, y yo ya la había superado una y otra vez. Tenía muy poco interés en dar un discurso acerca de, por ejemplo, mis reflexiones sobre cómo me enfrenté a mi enfermedad o la manera en que ésta me había proporcionado nuevas perspectivas. Mucha gente podría esperar que la plática versara sobre la muerte. Pero tenía que ser acerca de *vivir*.

\* \* \*

¿Qué es aquello que me hace único?

Ésa era la pregunta que me sentía impulsado a responder. Quizás el hecho de encontrar la respuesta me ayudaría a determinar lo que debía decir. Estaba sentado con Jai en la sala de espera de un médico en el hospital John Hopkins, a la espera de un nuevo reporte de patología, y rebotaba mis pensamientos con ella.

—El cáncer no me hace único —dije.

No había discusión al respecto. A más de 37 000 estadounidenses se les diagnostica cáncer de páncreas al año.

Pensé mucho acerca de cómo me definía a mí mismo: como profesor, como un científico de la computación, como esposo, como padre, como hijo, como amigo, como hermano, como mentor de mis alumnos. Todos ellos eran papeles que yo valoraba. Pero ¿alguno de esos papeles en verdad me distinguía?

A pesar de que siempre tuve un concepto saludable de mí mismo, sabía que esta lección requería de mucho más que palabrería. Me pregunté: “¿Qué es lo que yo, por mí mismo, tengo para ofrecer de verdad?”.

Entonces, en aquella sala de espera, de pronto supe justo lo que era. Llegó a mí como un destello: cualesquiera que hubieran sido mis logros y todas las cosas que amaba tenían sus raíces en los sueños y metas que tuve cuando era niño... y en las maneras en que había alcanzado la mayoría de ellos. Mi cualidad única, según me di cuenta, residía en los aspectos específicos de todos los sueños, desde aquéllos de increíble significado hasta los decididamente caprichosos, los cuales definían mis 46 años de vida. Sentado allí tuve la certeza de que, a pesar del cáncer, en verdad creía ser un hombre afortunado porque había dado vida a esos sueños y, en gran medida, lo había logrado gracias a diferentes cosas que aprendí de personas extraordinarias a lo largo del cami-

no. Si era capaz de contar mi historia con la pasión que sentía, mi lección podía ayudar a otras personas a encontrar la manera de alcanzar sus propios sueños.

Tenía mi *laptop* conmigo en la sala de espera y, encendido por esta epifanía, envié de inmediato un mensaje de correo electrónico a los organizadores de la lección. Les dije que por fin ya tenía un título para ellos. “Me disculpo por la demora”, escribí. “Llámanosla: ‘Cumple de verdad tus sueños de la infancia’.”